

XI

LAS MISIONES

Por Friedrich Schragl

§163

Los patronatos de España y Portugal, el protectorado francés y el relanzamiento del siglo XIX

Los descubrimientos realizados durante el siglo XV por las potencias ibéricas marcaron el comienzo de la gran actividad misionera de los siglos XVI y XVII, sin duda la más importante del segundo milenio cristiano. La división del mundo en dos hemisferios, uno portugués y otro español, sancionado en los convenios de 1493-1494, tuvo enorme importancia también para la historia de las misiones, pues cada nación se responsabilizó de la actividad misionera a partir de aquel momento. La expansión de España y de Portugal es también un fenómeno de primera magnitud en el marco de la historia de la Iglesia, pues ésta, tras las pérdidas sufridas en el norte y centro de Europa, pudo implantarse en nuevos territorios: a través de los españoles en Centroamérica y en Sudamérica; a través de los portugueses, en África, Asia y Brasil. Pero, mientras que los españoles se interesaron por ensanchar sus conquistas territoriales y comenzaron inmediatamente con la actividad misionera, los portugueses tenían otros objetivos coloniales. Les interesaba más el comercio con las Indias y con las islas de las especias. África era para ellos sólo una estación intermedia. Además, a Portugal, con su millón y medio de habitantes, le resultaba imposible ocupar territorios enormes como la India. En consecuencia, se limitaron las más de las veces a factorías y castillos situados en la costa, y a alianzas con los jefes locales. Los españoles trasladaron al Nuevo Mundo su sistema económico basado en grandes posesiones de tierras. Para éstas y para las minas de oro y plata necesitaban mano de obra. Por tal motivo, mantuvieron a los indios en un estado jurídico y social bajos y los explotaron cuanto pudieron.

La situación religiosa inicial fue similar para ambas potencias coloniales. Las dos vivían del espíritu de la reconquista, de la lucha contra los infieles, y de la inseparable propagación de la fe por medio de la guerra. La vida religiosa era pujante en ambas naciones; los conventos estaban llenos de religiosos y eran ricos; la crisis provocada por la división de la fe no había llegado a estos países. La base jurídica para la colonización y la

obligación de misionar derivaban de los acuerdos pontificios de donación o de reparto. Con la obligación de misionar se había concedido también el patronato. El patronato de las misiones portuguesas (*padroado*) deriva de la Orden de Cristo, que ya en 1456 había conseguido el patronato sobre todos los territorios conquistados y los que se conquistaran en adelante. Desde 1461, el rey era el Gran Maestre, razón por la cual controlaba plenamente la actividad misionera. El patronato español nació mediante las bulas del papa Alejandro VI, redactadas en 1493 y ampliadas en 1508. Con la obligación de misionar se concedió al rey también el patronato. En último término, esto supuso el control completo sobre la Iglesia misionera en las colonias: la corona asignaba todas las prebendas, controlaba a todos los misioneros y examinaba la concesión de permiso a las órdenes religiosas para ejercer la actividad misionera; por el patronato pasaba toda la correspondencia entre Roma y las misiones, y viceversa. Para poder ser publicados, los decretos de Roma necesitaban la aprobación de las autoridades del patronato (*placetum regium*). Con ello, las coronas de España y Portugal se habían procurado una posición casi papal en lo referente a las misiones. Y se tendía a la ampliación del derecho de patronato. Así, Felipe II (1556-1598) se empeñó en conseguir la creación de un patriarcado de las Indias con sede en Madrid, a lo que Pío V se opuso con toda decisión. Por contra, la corona española amplió unilateralmente, por medio de la gran junta de 1568, sus derechos sobre las misiones, con la mirada puesta en el completo sometimiento de éstas al poder del rey (regalismo). Algunos autores trataron de defender la idea de que el derecho de patronato no es delegado por el papa, sino que lo ejerce el rey de forma inmediata, en nombre de Cristo. Otro objetivo de la Junta era la completa hispanización de la Iglesia misionera. Para conseguir tales metas se sofocaron todos los brotes de liturgias indias, y se prohibieron todas las obras de historia que ofrecían informes positivos sobre los indios. La censura se cuidó de que aparecieran como una raza humana muy baja, incapacitada para acceder a oficios superiores (por consiguiente, tampoco era apta para entrar en el estado clerical). Por otra parte, se silenció cuidadosamente toda información negativa sobre el colonialismo y sus métodos, y sobre conflictos entre la administración y la actividad misionera.

También el concilio tridentino tuvo repercusiones sobre la propagación de la fe, aunque no se ocupó expresamente del tema de las misiones. La obligación de utilizar los catecismos ahogó los brotes de una *theologia indiana* (especialmente de los franciscanos en México). El robustecimiento de los derechos episcopales condujo al sometimiento de las misiones de las órdenes religiosas, y con frecuencia también a la privación de los centros misionales (doctrinas) en beneficio de los

sacerdotes seculares, totalmente incapacitados para afrontar esas tareas, pues su número era reducido.

El método utilizado era el de la misión practicada por el Estado, con todos sus ingredientes, positivos y negativos. El Estado promovía y financiaba la actividad misionera (al fin de cuentas la pagaban las colonias mismas), y la apoyaba política y militarmente. Conviene señalar, por otra parte, que la corona tenía una auténtica voluntad misionera, que se explicaba por el espíritu de la reconquista. En consonancia con la tradición, dicha voluntad era frecuentemente también violenta: cuando los españoles llegaban a una aldea o a una tribu, hacían una proclama, casi ininteligible para los indios, en la que decían que el papa había donado la tierra de los indios al rey, y que si ellos no se sometían y bautizaban debían esperar penas severísimas o la esclavitud. A continuación venían los bautismos en masa o la esclavización. Por otra parte, los misioneros no estaban preparados para llevar a cabo dignamente sus cometidos. Así, opinaban que sólo la completa aniquilación de las antiguas concepciones religiosas abría el camino para la fe pura. Los rápidos bautismos masivos se explican también por el problema, teológicamente no resuelto, de la salvación de los gentiles. Con todo, debemos indicar que pronto se produjo un cambio de mentalidad. La segunda y tercera generaciones de misioneros fueron mejor preparadas para sus tareas. Se llegó a ponderar incluso la posibilidad de estructurar una Iglesia india, pero el Gobierno español lo impidió mediante la legislación de la gran junta. Sorprende el celo y la entrega personal de tantos y tantos misioneros. En Europa se despoblaron los conventos; sus moradores surcaron los océanos para dedicarse a la actividad misionera.

Negativa para la actividad misionera fue, sobre todo, la inmoderada codicia pecuniaria de los conquistadores y la consiguiente injusticia con los indios, que podían experimentar personalmente el contraste entre la predicación del amor de Cristo y el desamor de los cristianos para con ellos. Además, entre los sacerdotes hubo algunos aventureros, preocupados exclusivamente por hacer carrera y por conseguir dinero.

La curia romana no podía contemplar pasivamente la evolución del regalismo, pues éste constituía una grave incitación al nacimiento de una Iglesia particular. Tampoco pudo aprobar la actividad misionera como instrumento al servicio del colonialismo. Por eso, y tras numerosos intentos fallidos, Gregorio XV creó en 1622 la *Congregatio de propaganda fide* para las misiones. Su primer secretario, Francesco Ingoli, fijó las tareas vigentes hasta nuestros días: la actividad misionera deberá verse libre de influencias civiles, representación de la autoridad pontificia en los territorios de misión mediante delegados apostólicos y nuncios, creación de un clero indígena y, por consiguiente, estructuración de una Iglesia enraizada en el pueblo, desarrollo de la jerarquía eclesiástica (vicarios apostólicos), mejor formación de los misioneros, informe anual de las

actividades realizadas en las misiones, prohibición de que los misioneros se dediquen al comercio.

Naturalmente, estos planes iban a encontrar la oposición de las potencias afectadas. La Congregación para la propagación de la fe jamás consiguió influir en los territorios dependientes de la corona real española.

Distinta fue la situación en el ámbito del patronato portugués. El imperio colonial de Portugal en Asia se desmoronó casi por completo en el siglo XVII. Ese país continuó exigiendo el patronato incluso en regiones que jamás había controlado o no podía controlar, por ejemplo, en China. Intervino entonces la Congregación para la propagación de la fe y negó el derecho de patronato en aquellas regiones que no eran colonias portuguesas. Y erigió vicariatos apostólicos en la península de Indochina y posteriormente en China y en el reino mogol de India. La «disputa del patronato» a que esto dio lugar afectaba entonces prácticamente a todas las zonas de misión de África y Asia. Punto de partida fue la disputa de Tonkín. El jesuita Alexandre de Rhodes († 1660) había misionado con éxito en el norte de Vietnam, y en 1649 se dirigió a Roma pidiendo ayuda y obispos consagrados. Con la intención de encontrar más colaboradores, se dirigió a París, donde encontró un grupo de sacerdotes jóvenes entusiasmados con la idea de ir a las misiones. Uno de ellos, François Pallu, fue el fundador del Seminario de misiones de París (*Missions Étrangères de París*) y también uno de los tres primeros vicarios apostólicos para Indochina. Puesto que los misioneros españoles y portugueses, como súbditos de las respectivas coronas, no podían ponerse al servicio de la Congregación para la propagación de la fe, ésta tuvo que recurrir a los franceses. Además del seminario parisino para las misiones, declararon su disposición favorable a la Congregación para la propagación de la fe los capuchinos franceses (Joseph du Tremblay, hombre de confianza del cardenal Armand-Jean Richelieu), los carmelitas, los paúles, los franciscanos recoletos y algunas otras órdenes. De esa forma, Francia entraba en las actividades misioneras en el siglo XVII. Naturalmente, Francia se adentró en el mundo colonial empujada no sólo por motivos religiosos, sino también por claras ponderaciones políticas. La Congregación para la propagación de la fe contraía así una cierta dependencia de Francia. El proceder de las varias veces mencionada Congregación no siempre fue correcto; en ocasiones, sus delegados actuaron sin el menor tacto, dando origen así a complicaciones innecesarias. Por ejemplo, en la estructuración de la jerarquía fracasó la integración de las antiguas órdenes misioneras de los franciscanos, dominicos y jesuitas. Éstas se opusieron a los vicarios franceses nombrados recientemente para la península de Indochina, porque les privaban de la jurisdicción sobre los catequistas. Incluso en los puestos de misión se acosaba a los «jansenistas» misioneros franceses. En Goa la Inquisición

encarceló a misioneros de la Congregación para la propagación de la fe que se encontraban de paso. El arzobispo de Goa excomulgó al vicario apostólico de Cochín. El papa Clemente X confirmó de nuevo la jurisdicción de los vicarios y ordenó a los miembros de las órdenes religiosas que se sometieran a ellos. En una actuación del todo inconsecuente, el papa Alejandro VII entregó en 1690 Pekín y Nankín al rey portugués como obispado del patronato. Como medida compensatoria, el papa Inocencio XII creó en China varios vicariatos (1696) y defendió la jurisdicción de los vicarios de la India. La tensión se hizo explosiva cuando, en 1720, la Congregación para la propagación de la fe retiró a los franciscanos portugueses de la colonia inglesa de Bombay y los sustituyó con carmelitas italianos. A pesar de todas las tensiones, los tiempos de colaboración entre la Congregación para la propagación de la fe y el patronato fueron mucho más extensos que los dominados por la tensión. Pero la Congregación para la propagación de la fe consiguió sus objetivos sólo en parte.

En 1640, con los Bragança, Portugal se desvinculaba de la unión personal con España, que a su vez impidió hasta 1670 que la curia reconociera la secesión. Por esa razón el Vaticano no confirmó a los obispos, y se produjeron largos períodos de sedes vacantes en los gigantescos obispados misioneros. También la disputa sobre la acomodación a las culturas asiáticas («disputa de los ritos») atravesó de un extremo a otro los territorios de misión. La pérdida del imperio colonial portugués en Asia supuso un grave impedimento para la actividad misionera. La Holanda calvinista fue el principal agente destructor de las misiones en las Molucas. Pero también la reacción nacional en China y Japón tuvo mucho que ver con los reveses sufridos. Por el contrario, la ilustración europea no tuvo al principio consecuencias negativas inmediatas para las misiones, aunque sus repercusiones fueron decisivas a medio plazo. También las ideas de los ilustrados protestantes llegaron rápidamente a las universidades americanas a través de la febril actividad impresora, pero allí esas ideas consiguieron sólo una recepción ecléctica. Mucha mayor gravedad revestía la animosidad contra las órdenes religiosas que se empezaba a percibir en los países europeos del siglo XVIII. Esa animosidad alcanzó su punto culminante con la expulsión de los jesuitas (a partir de 1760 de Portugal, desde 1767 de los territorios españoles) y con la supresión de éstos (1773). Otro momento cimero fue la aniquilación de numerosas casas de religiosos por obra de la revolución francesa. En consecuencia, comenzaron a escasear los sacerdotes en las tierras de misión.

a) *Cristianización de las colonias españolas*

Cuando Cristóbal Colón descubrió las Antillas en su primer viaje no iba acompañado por sacerdote alguno; en su segundo viaje (1493) fueron con él doce misioneros, que no llegaron a tener éxito alguno. Pero a partir del 1500 comenzó la misión sistemática por obra de los franciscanos, y desde 1510 de los dominicos. Poco después se anunciaban los primeros bautismos en masa, al tiempo que se hacían patentes las catastróficas repercusiones de la colonización. Los caribeños no pudieron resistir los trabajos forzados ni las enfermedades europeas. Además, la desesperación produjo una epidemia de suicidios; en menos de veinte años llegó a desaparecer prácticamente un pueblo formado por varios millones de personas.

Los esclavos negros, cuya importación se había permitido ya en 1501 porque se prestaban mejor para trabajar en las haciendas y en las minas, sustituyeron a los desaparecidos.

Hernán Cortés conquistó el reino azteca de México entre 1519 y 1521. Su capital Tenochtitlán fue destruida y, en su lugar, se fundó la ciudad de México. Partiendo de allí, aproximadamente en 1550 se habían conquistado todas las regiones adyacentes situadas al sur de México y lo que actualmente constituye los Estados meridionales de los Estados Unidos.

Cortés consideraba la religión de los indios como una crueldad, sobre todo por la inmolación de seres humanos. Mandó destruir los templos y levantar cruces en su lugar. Y siempre le acompañaban sacerdotes que se encargaban de proclamar la fe. También aquí fueron pioneros los franciscanos, a los que se unieron posteriormente dominicos y agustinos eremitas. Y todos ellos fundaron sus conventos. En 1559, estas tres órdenes contaban con 802 miembros repartidos en 160 asentamientos; hacia el año 1600 eran ya 400 los conventos. De esta manera, millones de personas fueron cristianizadas en pocas décadas. Se llegaron a administrar hasta 14000 bautismos en un día. Sin embargo, no se quería una permanente situación de misión. El obispo fray Juan de Zumárraga fundó ya en 1536, en México, un colegio para cursar estudios superiores, con la intención de formar un clero nativo. Los misioneros se ocuparon intensamente también de las lenguas y de las costumbres populares, redactaron catecismos y libros de edificación en las lenguas vernáculas, y se esforzaban por implantar una Iglesia india. Pero la legislación colonial (gran junta) española se opuso a todos estos esfuerzos. La contraposición de objetivos se hizo patente ya en el primer concilio de México (1555), donde se expresaron serios reparos para que los indios recibieran la sagrada comunión y se les prohibió el acceso a las órdenes mayores.

México se convirtió en obispado en 1530; en 1546 pasó a ser arzobispado; en 1553 contaba con una universidad de igual rango que la de

Salamanca. Hacia 1600, México era esencialmente un país cristiano, aunque con todas las características de una misión colonial.

Los españoles llegaron a Perú y países limítrofes a través del istmo de Panamá (Darién era sede episcopal en 1513, posteriormente trasladada a Panamá). De allí prosiguieron su ruta por el Pacífico. Francisco Pizarro conquistó el imperio inca con sólo 180 hombres, entre 1532 y 1536. Cuzco, la antigua capital, era sede episcopal ya en 1534. En cambio, el centro político y religioso fue Lima, que en 1540-1541 era obispado, y en 1546 arzobispado al que perteneció en un primer momento todo el territorio situado de Panamá para abajo. De Lima partió el avance hacia Bolivia (1552 el actual obispado de Sucre); a través del Chaco, los conquistadores llegarían a Paraguay (1547 obispado de Asunción) y a la desembocadura de La Plata (Buenos Aires se convirtió en sede episcopal en 1617). Una segunda línea siguió en dirección a Chile (1559 Santiago de Chile). Otra tercera línea corrió hacia el norte, donde Quito (Ecuador) tuvo un obispo en 1540-1546; y de allí, a Colombia. La costa caribeña fue misionada primero desde Santo Domingo. Posteriormente, la actual Venezuela se unió con Colombia y Panamá para constituir la audiencia de Nueva Granada, cuyo centro religioso fue Santa Fe de Bogotá (1531 como sede episcopal en Santa Marta, en la costa; en 1562 fue trasladada a Bogotá; en 1565 se convirtió en arzobispado).

Al principio, el peso principal de la actividad misionera recayó sobre los dominicos (1539 provincia peruana de la orden). Vinieron después los franciscanos y los agustinos. Los jesuitas, que llegaron en 1570, se dedicaron inicialmente a la pastoral en las ciudades, pero durante los siglos XVII y XVIII alcanzaron la máxima importancia en las reducciones de los indios.

Para la evolución interna tuvieron un peso decisivo los concilios provinciales de Lima celebrados bajo la presidencia de su arzobispo, santo Toribio de Mogrovejo (1581-1606). Revistió especial importancia Lima II (1567) por sus decisiones. Exigió la creación de «doctrinas», que terminarían por convertirse en parroquias; prohibió la administración precipitada del bautismo; exigió que los sacerdotes estudiaran las lenguas vernáculas, para que nadie tuviera que confesarse a través de un intérprete; puso trabas al acceso de los indios y mestizos a la sagrada comunión; excluyó prácticamente a todos los negros de las órdenes mayores. Sólo en parte se impusieron en la América latina las decisiones del concilio de Trento.

Cabe afirmar que la América hispana estaba organizada eclesialmente hacia el año 1600. Existían numerosas sedes episcopales con sus respectivos cabildos catedralicios, numerosas «doctrinas» y conventos; gran parte de la población estaba bautizada. Desde un punto de vista externo se podía afirmar, pues, que ese territorio era cristiano. Sin embargo,

el éxito era más que dudoso, a pesar de la buena voluntad de los misioneros. La actividad misionera estuvo siempre unida a la conquista y al sometimiento. En virtud del patronato, la Iglesia era instrumento y prisionera del Estado monárquico y absolutista, que abusaba de aquélla para consolidar su propia soberanía. Un gran impedimento representaban los mismos conquistadores, que contradecían con su estilo de vida las enseñanzas cristianas, y pretendían enriquecerse a costa del país y de la población. Se pretendía despojar a los indios de su propia idiosincrasia para reducirlos a una condición infrahumana. Como consecuencia de estas pautas de comportamiento, los representantes de la Iglesia se encontraron siempre en el dilema de tener que optar por las exigencias del Gobierno, de los colonos blancos o por los mandamientos divinos. Se manifestaba esto, sobre todo, en la situación jurídica de los indígenas. El dominico Antonio de Montesino protestaba ya en 1511 contra las esclavizaciones producidas en Santo Domingo. Pero el auténtico pionero en favor de los derechos de los indígenas fue Bartolomé de las Casas (1474-1555), primero sacerdote secular y posteriormente dominico, que mantuvo durante toda su vida una lucha por los derechos de los indios; viajó varias veces a España y consiguió algunas mejoras de la situación jurídica. Pero terminaron por imponerse los intereses de los grandes terratenientes, entre los que se encontraba también la Iglesia.

Las islas Filipinas fueron descubiertas en 1521. Puesto que se encontraban fuera del hemisferio español, España no tomó posesión de ellas hasta 1564, y fueron administradas desde México. La actividad misionera comenzó en Luzón en 1575; en ella intervinieron los agustinos, los franciscanos y los dominicos; en 1581 se les sumaron los jesuitas. Y todos ellos se lanzaron en seguida a crear la organización eclesiástica: Manila se convirtió en obispado en 1579; en arzobispado con tres diócesis sufragáneas en 1595. La actividad misionera avanzó de forma satisfactoria entre los filipinos animistas. En 1585 había unos 400000 cristianos; en 1595, 700000; en 1620, superaban los dos millones. Las islas fueron cristianizadas, salvo el sudoeste islámico, en el lapso de 50 años. Los jesuitas y los dominicos montaron el sistema de enseñanza escolar. La Universidad de Santo Tomás, fundada por los dominicos en 1611, sigue floreciente en nuestros días. También se organizó en seguida un sistema hospitalario atendido por la Iglesia. De acuerdo con la mentalidad de la población, se celebraban con gran pompa las solemnidades eclesiásticas. Para la evangelización fue beneficiosa la ausencia de la esclavitud y de los trabajos forzados, en contraposición a cuanto sucedía en América; los misioneros eran los protectores de los insulares.

Debemos señalar, no obstante, que la misión en las islas Filipinas fue considerada con frecuencia como cabeza de puente para la misión en China y Japón. Además, hasta el siglo XIX se descuidó la promoción del clero

indígena. En cualquier caso, las islas Filipinas fueron la primera nación cristiana del Lejano Oriente.

Externamente, la actividad misionera parecía estar concluida en las colonias españolas hacia el año 1650. Ya por entonces existía una organización eclesiástica relativamente tupida, numerosas casas de órdenes religiosas en las ciudades, y «doctrinas» entre los indígenas. Sin embargo, se trataba de una cristianización externa, excesivamente superficial. Había que ejercer todavía una actividad misionera propiamente dicha en las tribus que no habían sido alcanzadas aún por la civilización. Sin embargo, los siglos XVII y XVIII trajeron diversas crisis y reveses, aunque el cristianismo ofrecía una apariencia externa de solidez. Y esta apariencia trajo un general adormilamiento de la voluntad misionera de las órdenes religiosas, fomentado desde los países europeos. Además, creció el clero secular y ejerció presión sobre las «doctrinas» para tomar posesión de ellas como parroquias. Decidido partidario de este nuevo curso, que sintonizaba perfectamente con el concilio de Trento, fue el obispo de Puebla Juan de Palafox (1639-1646), quien, como visitador general de México, retiró las tareas pastorales a los religiosos. Esto tuvo nocivas consecuencias para los nuevos cristianos; los religiosos tenían pequeños conventos en sus misiones y un solo sacerdote secular no podía desempeñar todas las tareas que realizaban esos pequeños conventos. En consecuencia, fenecieron bastantes centros de misión. No obstante, el ejemplo creó escuela en otros obispos, y se produjeron fricciones constantes a causa de la jurisdicción. Por otro lado, el regalismo convertía a los obispos en simples recaudistas y órganos ejecutivos del Gobierno. Y éste impedía a ciencia y conciencia la emancipación social e intelectual de los indígenas. Ésta es una de las causas de la falta de sacerdotes que esos países viven incluso en nuestros días. En la práctica, los indios vivían en una iglesia española como el escalón más bajo de ella.

Pero no todo ha sido negativo; también se han dado notas positivas, especialmente a cargo de los franciscanos y los jesuitas. Los franciscanos recoletos fundaron en 1682 un colegio misionero en Querétaro, al que siguieron pronto otros en España y Sudamérica, y cuyos alumnos mostraron una entrega especial.

Puesto que la actividad misionera entre las tribus nómadas o muy diseminadas conseguía escasos éxitos y era incontrolable, el Gobierno español promovió desde un principio la formación de «reducciones», asentamientos planificados para mejorar la administración y la actividad misionera, especialmente en las regiones periféricas. Sólo se podían fundar con la aprobación estatal; seguían estando sometidas a las autoridades coloniales, pero la dirección inmediata estaba en manos de los misioneros. El número de sus habitantes oscilaba entre varios cientos y 7000.

Los indios se dedicaban al cultivo de los campos y a los trabajos manuales. Las reducciones gozaban de una autonomía considerable y con frecuencia eran prósperas. Dominicos y franciscanos crearon las primeras. En tiempos posteriores también los capuchinos y los agustinos dirigieron algunas. Pero de modo especial sobresalieron las de los jesuitas, que cuidaron una serie de ellas en los llanos de Ecuador y Bolivia, y sobre todo en Paraguay. El Estado jesuítico allí establecido ha sido dado a conocer entre el gran público alemán también por el drama *Das heilige Experiment* (1941), de Fritz Hochwalder. En Paraguay misionaron los portugueses a partir del 1588, pero fueron suplantados por los jesuitas en 1609-1610. Éstos crearon las primeras reducciones en el actual Estado federal brasileño de Paraná, ocupado por los indios Guaraníes, pero tuvieron que abandonar esta región en 1631. A partir del 1641 se consolidaron las reducciones en el río Paraná y en el río Uruguay; con el tiempo llegarían a ser 30, con unos 120000 habitantes (8 de ellas en el actual Paraguay, 15 en Argentina y 7 en Brasil). A causa del especial y permanente peligro que representaba la caza de esclavos practicada por los paulistas (mamelucos) brasileños, se les concedió a los jesuitas privilegios especiales que incluso les permitían organizar su propia defensa militar y les concedían una autonomía bastante amplia.

La religión impregnaba todas las manifestaciones de la vida en las reducciones. El culto constituía el quicio principal de cada día. Todas las colonias tenían igual estructura. En el centro se encontraba la plaza con la iglesia, generalmente de un barroco exuberante, el colegio de los jesuitas o el centro parroquial y la escuela. Se vigilaba estrechamente la vida religiosa. La responsabilidad de toda la reducción estaba en manos de los padres jesuitas, que recibían la jurisdicción espiritual directamente del papa, y la civil de la corona. Los habitantes tenían que pagar un insignificante impuesto por persona, y en ocasiones debían hacer el servicio militar. El trabajo y la economía estaban reglamentados con todo detalle. Prácticamente no existía propiedad privada alguna; las tierras pertenecían a la comunidad y eran trabajadas en común. Hermanos legos flamencos y alemanes enseñaban diversos oficios manuales (entre otros la imprenta y la escultura). Había una agricultura importante, con el cultivo de los campos y numerosos rebaños. Un conocido producto era el té de yerba mate.

Los brasileños odiaban las reducciones; los españoles las envidiaban por su bienestar y porque les privaban a ellos de mano de obra barata. El desmoronamiento de las reducciones comenzó en 1750 cuando España cedió siete reducciones al Brasil portugués y los indios se opusieron con las armas. Esta «guerra del tratado de las siete reducciones» fue esgrimida como razón para expulsar a los jesuitas (a partir de 1759, de Brasil; en 1767, de la América hispana). Efectivamente, se encomendó a los franciscanos la dirección de las reducciones, pero éstas fueron saqueadas y

los indios se escondieron en la selva. En 1802 sólo había algo más de 30000 indios en las antiguas 30 reducciones.

Diversas críticas se han hecho del «Estado jesuítico». Debemos decir, ante todo, que no se trataba de ningún Estado, sino de un elemento, sin duda privilegiado, de las colonias. Y los jesuitas no se enriquecieron con las reducciones, sino que emplearon los beneficios en las instituciones encargadas de dar formación a sus habitantes. Hay que admitir el reproche de paternalismo, practicado hasta la disolución de las reducciones, que trataba a sus habitantes siempre como niños. Y ni un solo sacerdote salió de las reducciones. Tampoco faltan sobrevaloraciones exageradas de las reducciones que las llegan a considerar como la realización de un «comunismo cristiano». Con todo, los indios conocían la idea de la propiedad común mucho antes de que comenzara la colonización. Es más atinado considerar las reducciones como una grandiosa obra de reconstrucción, como un «experimento sagrado» que, sin embargo, jamás condujo a los indios a su mayoría de edad, y que, por consiguiente, se encaminaba irremisiblemente al fracaso.

En la parte sur de los actuales Estados Unidos un levantamiento indio acaecido en 1680 aniquiló numerosos centros de misión. No obstante, los franciscanos consiguieron proseguir con éxito el trabajo misionero en Nuevo México y California en el siglo XVIII. Muchos de los nombres de lugares, desde San Diego hasta San Francisco, recuerdan todavía hoy la actividad misionera de los franciscanos.

b) El ámbito del patronato portugués: África, Asia y Brasil

A finales del siglo XV, los portugueses habían llegado ya hasta el extremo sur de África y habían descubierto la ansiada ruta marítima hacia las Indias. Otro gran acontecimiento representó el descubrimiento de Brasil, por Pedro Álvares Cabral, en 1500. Los portugueses se adueñaron de las Molucas en 1511, y celebraron la conquista de Malaca como victoria sobre el islam. En su momento de máximo esplendor, Portugal controlaba toda la costa oriental y occidental de África, la India e Indonesia, y tenía cabezas de puente en la costa japonesa y china. Durante la unión personal con España (1580-1640) se perdió gran parte de estas posesiones, que pasaron a los holandeses y los ingleses. Puesto que Portugal no podía llevar a cabo una conquista de amplios territorios y, además, entró en regiones de antiguas culturas muy desarrolladas, la actividad misionera encontró más dificultades en sus colonias que en las españolas. A todo esto se sumaba la vida poco cristiana de sus militares y comerciantes, frecuentemente aventureros. Con todo, también existió una genuina voluntad misionera. El rey Manuel I (1495-1521) hizo que el papa Alejandro VI nombrara en 1500 un Comisario apostólico para la región que se extiende desde el Cabo hasta

la India. El papa Julio II concedió al rey importantes derechos especiales para la actividad misionera. El papa León X creó en 1514 la diócesis de Funchal, en Madeira, para la totalidad del ámbito de la misión. El rey consiguió al mismo tiempo la confirmación de todas las posesiones.

Sin embargo, la ulterior organización de la Iglesia se desarrolló bastante más lentamente que en los territorios españoles. Hasta 1534 Funchal no fue elevada a arzobispado con diócesis sufragáneas en las Azores, Cabo Verde, São Tomé en el golfo de Guinea, y —la más importante— Goa. Esta última diócesis comprendía todo el territorio que se extiende entre el Cabo de Buena Esperanza y Japón.

La costa de África fue considerada punto de apoyo para la ruta a las Indias. Los portugueses levantaron allí fortificaciones desde las que desarrollaban el comercio y la actividad misionera. Los nombres de Costa de la Pimienta, Costa de Marfil, Costa de Oro y Costa de los Esclavos hablan por sí solos. En particular, el mercado de esclavos hacia América era un negocio lucrativo, en el que llegaron a participar incluso sacerdotes.

La actividad misionera en la costa de Guinea (Cabo Verde hasta la desembocadura del río Congo) dio sus primeros pasos en el siglo XV, pero no alcanzó éxitos dignos de mención hasta que se produjeron los asentamientos portugueses. Y se paralizó más y más en el siglo XVII bajo los ataques de Estados protestantes y del concomitante comercio de esclavos.

A ambos lados de la desembocadura del Congo existió el reino Congo desde el siglo XIV. Los portugueses lo consiguieron en 1482, e iniciaron la actividad misionera en 1490. El partido cristiano se hizo pronto con la mayoría. El rey Alfonso predicó personalmente el cristianismo a sus súbditos, y envió a Lisboa a su hijo Enrique con algunos compañeros para que se prepararan allí para ser sacerdotes. Enrique retornó a su patria en 1521, como obispo titular de Útica, pero era de salud frágil y debió de morir poco después de 1530. Según una inscripción rupestre descubierta por David Livingstone, el rey Alfonso construyó doce iglesias y propagó el cristianismo por todo su reino. Él es una de las figuras trágicas de la historia de las misiones. Juró al rey de Portugal «por la pasión de nuestro Salvador» ayudarle en la actividad misionera, pero éste sólo deseaba marfil y esclavos. El rey Alfonso murió en 1541. Cuando los jesuitas llegaron al país en 1548 se encontraron con un cristianismo bastante postrado y, al igual que otros misioneros, no pudieron sostenerse. Efectivamente, la capital São Salvador se convirtió en obispado en 1596, pero el primer obispo fue asesinado y sus sucesores residieron en Luanda. La actividad misionera comenzada con tanta ilusión se desmoronó de nuevo.

En Angola no comenzó la actividad misionera hasta 1558, con misioneros jesuitas; pero no dio frutos constatables hasta 1581, después de una victoria militar. En 1591 había unos 25000 cristianos, pero para

entonces habían sido sacados del país más de 50000 esclavos. El cristianismo ganó mucho terreno después de 1683, cuando unos misioneros italianos dependientes de la Congregación para la propagación de la fe consiguieron ganarse a la soberana de Matamba. Pero la actividad misionera retrocedió de nuevo después de 1700, y desapareció casi por completo con las medidas tomadas por el Gobierno portugués en 1762.

Los portugueses levantaron algunos baluartes en la costa oriental de África (Mozambique), pero no hubo allí actividad misionera alguna. En 1560, los jesuitas comenzaron a misionar partiendo de Goa y remontando la corriente del Zambeze. El rey de Inhambane se bautizó. También el emperador de la tierra dorada de Monomotape (Zimbabue) se bautizó con toda su corte en 1561, pero se produjo una reacción de los musulmanes, que también tenían baluartes en la costa oriental africana. En consecuencia, la misión se desmoronó en 1562. Se produjo un nuevo intento en 1622. En 1628 los cristianos consiguieron una victoria sobre los gentiles; en Monomotape fue entronizado de nuevo un emperador cristiano, pero la actividad misionera se apagó a los dos años. A partir de aquel momento no se volvió a conseguir éxito alguno en la costa oriental de África. Los negociantes europeos los impidieron, pues no querían ser molestados en sus actividades comerciales. Efectivamente, los dominicos trabajaron hasta el siglo XVIII en el imperio Monomotape, y los jesuitas misionaron hasta 1759 en el Zambeze inferior; también sacerdotes de Goa predicaron en la costa, pero todo se limitó a una simple asistencia religiosa a los cristianos, pues faltaba el personal misionero. La misión de Madagascar fracasó a pesar de numerosos y heroicos intentos.

Los portugueses conquistaron Mombasa —en la actual Kenia— en 1592 y la convirtieron en un baluarte. Con ello se ponía freno al islamismo y se establecían contactos con la cristiana Etiopía, a la que Portugal había apoyado ya desde 1541. Al poco tiempo comenzaron los jesuitas con la misión latina, y en 1622 consiguieron la unión de la Iglesia etíope con Roma. En 1625 se presentó en el país el patriarca Alonso Mendes, jesuita, nombrado por Roma (hasta el siglo XX Etiopía ha contado en cada momento sólo con un obispo, nombrado por los patriarcas de Alejandría). Sin embargo, ya en 1632 se produjo de nuevo el cisma a causa de las tendencias latinizantes. Aunque los jesuitas fueron sustituidos por los franciscanos, perduró el odio contra los latinos. Por entonces los misioneros europeos no concedían valor alguno a los ritos no latinos.

Cuando los portugueses entraron en la India hacia el año 1500 se encontraron con los cristianos de Tomás en la costa de Malabar (en la actualidad Estado federal de Kerala). Éstos relacionan sus orígenes con los apóstoles Tomás o Bartolomé, y veneran el sepulcro de Tomás en las proximidades de Madrás. En el siglo VIII se habían unido a los nestorianos, que les mandaban en cada momento necesario los metropolitanos. En el siglo

XIII, los franciscanos habían establecido contacto con ellos. Pero en los siglos XIV y XV se produjo un gran retroceso de los cristianos, especialmente en la zona de Madrás, donde las cruces de piedra son los únicos recuerdos que quedan de ellos. A pesar de todo, hacia el año 1500 todavía había unas 30 000 familias cristianas en la costa de Malabar, y ya en 1502 se acogieron a la protección militar de los europeos. Pero este encuentro no resultó excesivamente gratificante para ellos, pues se les puso bajo la jurisdicción del obispo latino de Goa; también en la liturgia les fueron impuestas normas de carácter latinizante. Posteriormente, una parte se pasó de nuevo a la jurisdicción del patriarca nestoriano de Mosul. Con la intención de poner término a las inagotables discusiones, el arzobispo de Goa convocó un concilio provincial en Diamper, en el que se consumó formalmente la unión. Mediante el paso de los metropolitanos de Malabar a la jurisdicción de Goa y con la creación de un obispo latino se puso la base para nuevas querellas. Por eso, en 1609 la sede episcopal de Angamale recobró su antiguo rango de patriarcado. Pero las divisiones no se han acallado hasta el presente.

La misión de los paganos propiamente dicha corrió, al principio, a cargo de sacerdotes seculares y de franciscanos. El sistema indio de castas y la reciente incursión del islamismo resultaban negativos para la actividad misionera. Ésta era superficial y buscaba un éxito fácil. En el territorio de influencia portuguesa se destruyeron templos y se levantaron iglesias. Se predicaba y bautizaba sin contar con grandes conocimientos acerca de las lenguas habladas en la zona. Entre 10 000 y 20 000 paravas de la Pesquería recibieron el bautismo para conseguir la protección frente a los musulmanes. Se produjo una mejoría cuando Goa se convirtió en obispado (1534) y cuando san Francisco Javier llegó a la India (1542). El primer obispo de Goa, Juan de Albuquerque, se esforzó seriamente para estructurar su obispado y abrió centros de estudio en Goa para el clero latino y en Kranganore para el clero malabar. Francisco Javier (Francisco de Jassu y Javier), nacido en Navarra en 1506, se había unido a Ignacio de Loyola en 1533, fue ordenado sacerdote en 1537 y partió para la India en 1541-1542 como legado pontificio en nombre del rey. Desde allí comenzó su grandiosa actividad misionera en el Lejano Oriente, hasta convertirse en el misionero más destacado de los tiempos modernos. Al principio, utilizó en la India las formas habituales: predicación en las aldeas, destrucción de los templos (paganos) y bautizos masivos. A partir de 1545 su actividad se extendió a todo el imperio colonial portugués, llegó hasta Malaca y en 1546 a las Molucas; en 1549 se trasladó al recién descubierto Japón, donde creó una comunidad cristiana. Cuando trataba de salvar la prohibición de entrar en China, falleció el 3 de diciembre de 1552 en la isla Sansián (Sanzao Dao). Efectivamente, Francisco comenzó su actividad misionera practicando los métodos tradicionales, pero, con el paso del tiempo, se

convirtió en el fundador del estilo de misionar moderno, pues fomentó el estudio de las lenguas vernáculas y de las religiones y procuró ganarse la ayuda de los nativos. Fue también el iniciador de los informes misioneros sistemáticos que abrían la posibilidad de planificar la labor de cristianización.

Los jesuitas y los dominicos prosiguieron intensamente la actividad misionera en la India, y lograron algunos éxitos en el sur de esta región. Pero éstos se debieron casi siempre a la influencia político-militar de los portugueses, y sólo alcanzaron a los estratos más pobres de la población. Esperanzas desmesuradamente elevadas se depositaron en la conversión del Gran Mogol Akbar (1556-1605), quien llamó a un jesuita a su corte en 1579 y apreciaba altamente las costumbres cristianas. Pero terminó por proclamar como religión imperial un sincretismo compuesto de elementos islámicos, cristianos e hinduistas.

Considerablemente más exitoso fue el intento de acomodación del jesuita italiano Roberto de Nobili (1577-1656). A partir de 1606 vivió en la ciudad india de Madurai como un asceta indio. De este modo llamó la atención de los brahmanes, y abrió el camino para que el cristianismo penetrara en las capas sociales elevadas. Sin embargo, al tratar de cuantificar este éxito, con frecuencia se ha incurrido en exageraciones.

La organización eclesiástica caminaba lentamente. En 1557-1558 Goa fue elevada al rango de Iglesia metropolitana, con diócesis sufragáneas en Cochín y Malaca, a las que en tiempos posteriores se sumarían otros obispados indios, así como Macao para China y Funai para Japón. Pero nunca se llegó a una implantación decisiva. La irrupción de los holandeses (a partir de 1636) y de los ingleses (a partir de 1639) destruyó el imperio colonial portugués en Asia, del que sobrevivieron sólo algunos restos, y colocó a la actividad misionera en una situación lastimosa.

A pesar de todo, Goa continuó siendo durante los siglos XVII y XVIII el centro de toda la actividad misionera en Asia y en la costa oriental africana. Con sus numerosas iglesias y conventos era algo así como una Roma oriental. Allí tenían casas las grandes órdenes misioneras. Y también fue sede de la Inquisición (1560-1812), encargada de llevar a cabo las pretensiones del patronato. A partir del siglo XVII el clero de Goa tuvo importancia creciente; se había formado en los seminarios de las tres grandes órdenes misioneras: franciscanos, dominicos y jesuitas. Algunos de los sacerdotes de Goa pertenecían al oratorio de la Santa Cruz, cuyos miembros misionaron por toda Asia y por el este de África. Cuando los jesuitas fueron expulsados en 1760, aquéllos se hicieron cargo de las tareas que éstos habían desarrollado hasta entonces, y consiguieron misionar en países cerrados a los europeos. En Ceilán, en el reino de Kandy, atendieron a 90 000 cristianos que habían escapado de los holandeses. Sin embargo, en el siglo XVII se había dejado ya atrás el momento culminante de la

actividad misionera. La tarea principal era ahora la asistencia a las comunidades fundadas con anterioridad. En la costa malabar había enfrentamientos entre los misioneros del patronato y los de la Congregación para la propagación de la fe, lo que incrementó el confucionismo entre los cristianos de santo Tomás. Para los parias, se estableció con éxito la misión Pandaraswami. También la misión fundada por Roberto de Nobili en Madurai consiguió éxitos. Hacia el año 1700 contaba con unos 150 000 cristianos. El papa Gregorio XV había aprobado los métodos de Nobili en 1623. Sin embargo, en 1704 el legado pontificio Charles Thomas de Tournon, que venía de China, prohibió incomprensiblemente estos ritos. El arzobispo de Goa protestó contra la prohibición, y los ritos fueron confirmados nuevamente en 1734-1739. Los prohibió definitivamente el papa Benedicto XIV, con la bula *Omnium sollicitudo*, en 1744 (en 1940 fueron permitidos otra vez, pero parcialmente). Tras la muerte de Akbar en 1605, el islamismo volvió a imponerse en el imperio mogol (norte de la India), y la actividad misionera se redujo a la asistencia pastoral a los cristianos que residían allí o habían inmigrado. Los misioneros de la Propagación de la fe actuaron desde las posesiones francesas en los diversos reinos islámicos e hindúes de la India, pero la actividad misionera se resintió mucho con la llegada de los holandeses y los ingleses. Y se vio afectada gravísimamente por la expulsión de los jesuitas en 1760, pues los sacerdotes de Goa no pudieron hacer frente con igual eficacia a todas las tareas que aquéllos habían desarrollado.

Las Molucas constituían uno de los objetivos principales de la expansión portuguesa hacia Asia; y fue alcanzado en 1511. En un principio, algunos comerciantes intentaron propagar el cristianismo, pero los musulmanes les crearon dificultades. En 1546-1547 trabajó aquí san Francisco Javier; tras él vinieron otros jesuitas, y el número de los cristianos llegó a ser de 80000 en 1569. En Sumatra y Java predominaba ya entonces el islamismo. Por el contrario, la actividad misionera consiguió éxitos en las pequeñas islas de la Sonda, especialmente en Solor, donde los dominicos llegaron a atender a 50000 cristianos. Los intentos de misionar en Borneo y en las Célebes no prosperaron debido a que los musulmanes detentaban el poder. En 1596 comenzaron los acosos de los holandeses a las islas de las especias y aniquilaron en buena medida la misión. En 1660, éstos expulsaron a todos los portugueses, y con ellos a todos los misioneros. Los dominicos sólo pudieron salvar la misión en Solor y parcialmente en Flores.

Francisco Javier llegó a Japón, descubierto en 1542-1543, pocos años más tarde, en 1549. Se acomodó considerablemente a la cultura japonesa y consiguió así una auténtica conversión al cristianismo fuera de los territorios controlados por los portugueses. Cuando él partió de ese país

en 1551 dejó a su sucesor Cosme de Torres tres comunidades cristianas con 1000 miembros. Éste consiguió el primer bautismo de un *daimyo* (príncipe local) en 1563; en seguida vinieron otros bautismos similares. En 1570 había entre 20 000 y 30 000 cristianos; en 1580 alcanzaban la cifra de 150 000, y a principios del siglo XVII eran aproximadamente 750 000 (según otras fuentes 500 000). Entre ellos trabajaban 63 padres, 77 hermanos y 800 catequistas. Como en otros lugares del ámbito de patronato portugués, la organización avanzaba con paso más lento. Hasta 1576 Japón no fue desmembrado del territorio diocesano de Goa y anexionado al reciente obispado de Macao; en 1588, Funai pasó al obispado de Kyushu, pero esta sede fue ocupada definitivamente sólo en 1596 y trasladada a Nagasaki. También se descuidó la formación de un clero indígena (supuestamente porque los japoneses eran excesivamente orgullosos). Habría que esperar hasta 1601 para que se ordenaran los tres primeros sacerdotes japoneses. Hasta 1640 llegaron a 50 los sacerdotes; de entre ellos sólo 10 eran sacerdotes seculares. Algunas dificultades se debieron a la llegada de misioneros españoles procedentes de Filipinas, así como al abandono temporal de la necesaria acomodación.

Además, a partir de 1587 se produjo una reacción de signo nacional, y la consiguiente persecución de los cristianos. Se llegó a ordenar la expulsión que, en realidad, no se ejecutó. El 5 de febrero de 1597 padecieron el martirio los primeros 26 cristianos (el recuerdo de Pablo Miki y compañeros mártires se celebra el 6 de febrero). A pesar de todas estas dificultades, creció el número de los cristianos. La persecución arreció con mayor intensidad a partir de 1613-1614, y los misioneros fueron expulsados del país. En 1627 se introdujo el pisoteo de las imágenes (*efumi*) como signo de la negación del cristianismo. Hasta el año 1630 se llegaron a contar 4045 mártires. En 1637-1638 se producía el levantamiento de Shimabara, en el que fueron ejecutados 30000 cristianos. A partir de entonces, el imperio del Sol Naciente se aisló del extranjero hasta entrado el siglo XIX. La persecución de los cristianos continuó con toda su brutalidad. Y fracasaron todos los intentos para introducir misioneros en el país. Un refinado sistema policial se encargaba de detectar cristianos; después se les obligaba a abjurar de su fe o se les ejecutaba. Para los habitantes de la isla Kiushu se decretó la celebración anual del *efumi*, que se mantuvo en vigor hasta 1857, año en que fue suprimido. El cristianismo tuvo sólo momentos esporádicos de respiro.

El cristianismo nestoriano y el católico desaparecieron en China en el transcurso de los siglos XIV y XV. En 1517-1521, los portugueses volvían a descubrir el camino a China; a partir de 1554 convirtieron a Macao, delante de Cantón, en su cabeza de puente. La prohibición de que los extranjeros entraran en China hizo que en un primer momento fracasaran todos los intentos para introducirse en el país (1552 Francisco Javier; otros,

a partir de 1555). Macao se convirtió en sede episcopal en 1576; Manila en 1579. Había así dos centros que se preocupaban de China, lo que más tarde crearía dificultades.

Por fin, en 1583 los jesuitas Michele Ruggieri y Matteo Ricci consiguieron el permiso de residencia. Comenzaron viviendo al estilo de los monjes budistas en las proximidades de Cantón, estudiaron la literatura china, especialmente la filosofía de Confucio. Cuando observaron que los monjes budistas gozaban de escaso prestigio cambiaron de apariencia externa y se presentaron como eruditos chinos. Para esto les sirvieron mucho sus conocimientos de las ciencias profanas. Los escritos filosóficos de Ricci, especialmente su folleto *La verdadera doctrina sobre Dios*, que llegó a convertirse en un clásico de la literatura china, ponen de manifiesto hasta qué punto este jesuita se familiarizó con la cultura china. Ricci trasladó su residencia a Nankín en 1598. Allí confeccionó el famoso mapa del mundo de los diez mil reinos, con China como reino del centro, y bautizó a Hsü Kuang'chi, que más tarde tendría un papel importante en el cristianismo chino con el nombre de Pablo Hsü. Los jesuitas consiguieron entrar en la corte imperial de Pekín en 1601. Recibieron permiso para construir allí una iglesia, y actuaron como eruditos de la corte. Consiguieron formar una comunidad cristiana y encontraron seguidores en las clases más elevadas. En 1608 lograron asentarse en Shanghai. Cuando murió Ricci (1610) había unos 2500 cristianos. La importancia de Ricci reside en la magnánima acomodación al estilo de vida chino; distinguió claramente entre ritos religiosos y puramente civiles. En consecuencia, permitió a los cristianos la veneración de los ancestros y de Confucio. En opinión de muchos contemporáneos, fue excesivamente magnánimo.

Los sucesores de Ricci consiguieron, a pesar de las contrariedades y persecuciones, implantar la Iglesia, que llegó a contar con 38000 miembros en 1631.

La comunidad de Pekín alcanzó otro hito importante con Johann Adam Schall von Bell, de Colonia, que desde 1631 a 1666 trabajó en la corte imperial y fue nombrado para formar parte de la comisión del calendario.

El papa Urbano VIII concedió permiso a todas las órdenes y congregaciones religiosas (1633) para ejercer la actividad misionera. A partir de aquel momento, los dominicos y franciscanos españoles afluyeron de Filipinas al sudeste chino, rechazaron todo tipo de acomodación y, con sus predicaciones sobre el infierno, consiguieron éxitos notables en cuanto al número de nuevos adeptos. Esto hizo que los jesuitas de la corte comenzaron a ser mirados con suspicacia. Se estaba fraguando la crisis de la misión de China, debida, sin duda, a diversos factores: el ocaso del poder hispano-portugués en favor de los holandeses y de los ingleses, el acceso de

los manchúes al poder chino (1644), y la desgraciada «disputa sobre la acomodación o sobre los ritos».

Hacia el año 1650 había en China unos 150000 cristianos. Por esa razón, al año siguiente (1651) se barajó en la Congregación de la propagación de la fe el plan de crear en Pekín un patriarcado con varios arzobispados y obispados en China.

Los jesuitas pudieron mantener su posición en la corte durante los primeros años de los manchúes, pero una persecución estalló de forma repentina en 1664. Se cerraron entonces muchas iglesias y los misioneros fueron encarcelados. El padre Schall fue condenado a muerte, aunque sería agraciado con posterioridad. La paz que la Iglesia vivió con el nuevo emperador Kanghsi (a partir de 1667) se debió en buena parte al jesuita belga Ferdinand Verbiest († 1688). Éste encontró colaboradores entre los jesuitas franceses, a los que Luis XIV apoyaba vigorosamente, pero les exigió que no se sometieran al patronato portugués. Por otro lado, Portugal consiguió en 1690 la creación de dos nuevos obispados del patronato, los de Pekín y Nankín (además de Macao). Pero Inocencio XII redujo de nuevo esa influencia y creó ocho vicariatos apostólicos, de los que llegaron a consolidarse tres (Fokién, Szechwan y Chansi). Junto a los jesuitas, trabajaron en los diversos ámbitos los dominicos y los franciscanos; en el campo de competencias de la Propagación de la fe actuaron sobre todo misioneros parisinos y en la corte de Pekín jesuitas franceses, que, como eruditos de la corte y con el rango de mandarines, continuaron la tradición de Ricci y de Schall y publicaron en Europa importantes obras sobre China. Pero siempre pervivió una línea de rencillas entre la Propagación de la fe y el patronato. El litigio más conocido es el de la discusión sobre el obispo de Pekín («Cisma de Pekín», 1757-1785), a causa de la jurisdicción durante la sede vacante.

Tras la persecución, siguieron a partir de 1664 unas décadas de paz. En 1692, el emperador Kanghsi publicó un edicto de tolerancia para los cristianos. Con todo, éstos nunca llegaron a representar el 1% de la población total. La situación se deterioró a partir de 1717, como consecuencia de la disputa sobre los ritos. En 1723 se desató una persecución en Fokién; los misioneros fueron apresados y expulsados y las comunidades carecieron de sacerdotes durante décadas. La persecución se extendió a otras provincias, y alcanzó un primer punto culminante en 1746-1748. Pero la situación fue especialmente grave a partir de 1784, cuando bastantes misioneros fueron asesinados y otros expulsados del país. Las autoridades locales recibieron la orden de aniquilar las comunidades. Se dieron apostasías, pero también una resistencia heroica. El desmoronamiento de la Iglesia se vio favorecido, además, por las rivalidades nacionales de los misioneros (portugueses, españoles, pero también franceses e italianos), rivalidades que tuvieron mucho que ver en

la discusión sobre los ritos. El método de acomodación a los ritos de Confucio no fue impugnado en la compañía de Jesús. Por el contrario, fue reafirmado en varias ocasiones tras ponderaciones serenas y prolongadas. Cuando los dominicos y franciscanos españoles pasaron a misionar en China rechazaron la acomodación; el dominico Juan B. de Morales planteó por primera vez la cuestión en Roma en 1645. Tras la contrapuesta presentación del tema realizada por los jesuitas, el papa Alejandro VII permitió los ritos (1656). Sin embargo, algunos años más tarde (1693) el vicario apostólico de Fokién, Charles Maigrot, se pronunció en contra de los ritos y el papa Clemente XI los prohibió. Envío a M. de Tournon a Pekín como legado pontificio, pero éste actuó de forma tan desmañada en la corte imperial que provocó el deterioro de la actividad misionera. Se rechazó una apelación de los jesuitas y el papa Benedicto XIV prohibió definitivamente los ritos con la bula *Ex quo singulari* (1742). No resulta nada sencillo emitir un juicio sobre la disputa en torno a los ritos. Simplificaríamos excesivamente la cuestión si la redujéramos a una discusión entre jesuitas y dominicos, o entre los métodos misioneros de los portugueses y los de los españoles, más conservadores. De cualquier forma, tenemos que reconocer algo indiscutible: el rechazo de los ritos chinos fortaleció la desconfianza de los chinos frente al cristianismo.

Todos los misioneros se esforzaron por acomodarse de alguna manera a las costumbres chinas, por ejemplo, en el uso del vestido chino. Los dominicos tradujeron con éxito a las circunstancias del país la institución de las «beatas»: algunas jóvenes vivían en sus familias según los consejos evangélicos. El papa Pablo V permitió en 1615 el chino como lengua litúrgica, pero el permiso no llegó a ser utilizado. La formación de sacerdotes indígenas se retrasó hasta 1688. Hasta esa fecha no obtuvo éxito alguno. Anteriormente se intentó formarlos en el extranjero (incluso en Nápoles y posteriormente en Tailandia); finalmente, en la misma China.

La actividad misionera sufrió rudos golpes a finales del siglo XVIII. Sebastião Pombal, primer ministro de Portugal, dispuso en 1762 el apresamiento de cuantos jesuitas se encontraban en territorios sometidos al patronato portugués. Los jesuitas pudieron continuar en los restantes territorios hasta 1775. Cuando el jesuita Laimbeckhoven, obispo de Nankín y administrador apostólico de Pekín (nacido en 1707 en Viena, obispo de Nankín en 1752, † 1787), tuvo que anunciar la supresión de los jesuitas, se produjo un cisma en Pekín. Los paúles no se hicieron cargo de la misión de Pekín hasta 1785.

La grave persecución se desató ya en 1784. Hacia 1720 había unos 300000 cristianos en China; en 1815 eran algo más de 220000, asistidos por 89 sacerdotes chinos y por 80 misioneros extranjeros. A partir de 1811 se cerraron las iglesias también en Pekín, y desde 1814 la estancia ilegal de

misioneros extranjeros era castigada con la pena de muerte. A pesar de todo, la organización de la Iglesia sobrevivió.

El cristianismo llegó a Corea de una forma curiosa. Un miembro de una delegación coreana llevó en 1784, de Pekín, escritos cristianos a su tierra, donde nació y creció un cristianismo que en un primer momento carecía de sacerdotes. En 1791 comenzaron ya las persecuciones; en 1793 llegó al país el primer sacerdote, que fue ejecutado en 1801. Corea contaba en 1797 con 4000 cristianos.

Malaca, conquistada en 1511, fue centro religioso para la amplia zona de Indochina hasta 1640. En 1558 se convirtió en sede episcopal, pero no fue posible el éxito entre la población islámica nativa. Por el contrario, la actividad misionera llegó a florecer en el actual Vietnam. Se comenzó la misión en 1580 y fue continuada a partir de 1624 por el jesuita francés Alexandre de Rhodes. En 1639 se contaban ya 82 000 cristianos; en 1666 llegaron misioneros del seminario de París con los vicarios apostólicos François Pallu y Pierre Lambert de la Motte. En Cochinchina se produjeron violentas persecuciones, que adquirieron mayor virulencia en 1750. Pallu erigió dos vicariatos en Tonkín (Vietnam del Norte), que en 1679 contaban con 200 000 cristianos. Allí se llevaron a la práctica de forma insuperable los principios de la Congregación de la propagación de la fe, y se formó un clero nativo que, con sus cristianos, tuvo un comportamiento heroico en las persecuciones del siglo XVIII. Y nació también una congregación de religiosas nativas, con 20 casas.

Tailandia fue un terreno estéril para la actividad misionera. Misioneros parisinos de la Propagación de la fe se asentaron en la antigua capital Ayuthya en 1662; en 1673 se convirtió en vicariato apostólico; en 1668, una delegación siamesa visitó en Roma al papa Inocencio XI. Con todo, el éxito misionero fue escaso en este país. Pero Ayuthya tuvo gran importancia por el seminario de la Propagación de la fe para la formación de un clero nativo para Indochina y China. Cuando los birmanos destruyeron la ciudad, el seminario fue trasladado a Pondichéry, una ciudad francesa de la India, donde funcionó hasta la revolución.

Misioneros de la Propagación de la fe (barnabitas) trabajaron en Birmania desde 1721, pero una reacción budista puso fin a esta misión en 1794. Procedentes de la India, llegaron los primeros misioneros al Tíbet en 1624. La Congregación de la propagación de la fe encomendó esta misión a los capuchinos en 1704, pero éstos fueron expulsados en 1742 y en 1771 tuvieron que abandonar también Nepal.

Brasil fue descubierto en 1500, pero los diversos esfuerzos misioneros realizados en los primeros años no siguieron ningún plan. En 1549 llegaron al país los jesuitas. En 1551 se creó un obispado en la que entonces era la capital São Salvador de Bahia, y era sufragáneo del arzobispado de Lisboa. Los jesuitas abrieron en ese mismo año un colegio

para formar sacerdotes. La misión se redujo al principio a las regiones costeras; posteriormente adquirió mayor importancia entre los guaraníes, pero las prácticas opresivas de los colonos y la esclavización de los indios dificultó mucho la misión. Con las plantaciones de caña de azúcar y con el descubrimiento de los yacimientos de oro en el interior del país aumentó la necesidad de mano de obra. En consecuencia, los habitantes de São Paulo organizaban verdaderas cazas de hombres («bandeiras») llegando a adentrarse incluso en territorio español. Por el contrario, los jesuitas reunían a los indios en «aldeias» (reducciones), para protegerlos e instruirlos allí. De este modo, los jesuitas se preocuparon especialmente de los derechos humanos. Pero a cada mejora de la situación jurídica de los indígenas seguían las reacciones de los colonos. Así, cuando en 1609 se prohibió la esclavitud, se buscó un subterfugio mediante la obligación al trabajo forzado. Cuando el papa Urbano VIII renovó en 1639 el decreto de 1537 del papa Pablo III, se produjo una revuelta en toda regla contra los jesuitas, que fueron expulsados de São Paulo. Los colonos querían reducir el cristianismo al terreno del culto. Así se entiende que fueran mayoritarias las conversiones logradas por coacción, y que no se llegara a crear un clero indígena. La emancipación de los indios no casaba tampoco con los intereses del Gobierno, que prefería que los indígenas siguieran en un estado infrahumano. También la organización de la Iglesia languidecía. São Salvador pasó a ser arzobispado en 1676, y fueron sus sufragáneas las diócesis de Río de Janeiro, Olinde-Recife y São Luis de Maranhão. Brasil carecía por completo de imprentas y de universidades. Y Portugal quería promocionar a toda costa las misiones, pero con la intención de utilizarlas como instrumento de la colonización.

En el noreste de Brasil la misión tuvo que padecer mucho por los holandeses, que se enseñorearon del territorio desde 1624 hasta 1654. Además de los jesuitas, también trabajaron entre los indios y los esclavos negros los carmelitas, los capuchinos y los mercedarios. La expulsión de los jesuitas significó también aquí un duro revés. El decreciente celo misionero del siglo XVIII se redujo en gran parte al logro de resultados misioneros puramente externos.

c) *La actividad misionera francesa en América del Norte*

Los franciscanos recoletos comenzaron la actividad misionera en Acadia (Nueva Brunswick) en 1615, en la parte de Canadá ocupada por los franceses; les siguieron los jesuitas, que misionaron entre los hurones, en la región de los Grandes Lagos. Los iroqueses destruyeron esta misión desde 1642 a 1649, perdiendo la vida ocho misioneros (san Jean de Brebeuf y compañeros). Quebec se convirtió en vicariato apostólico en 1658. En 1713 ó 1763 fueron expulsados del país los franceses, con lo que desaparecieron

las misiones. En la reconquistada región de Mississippi trabajaron misioneros del seminario de París (1793: obispado de Nueva Orleans).

§164

De las misiones coloniales a las «jóvenes Iglesias»

a) Nueva conciencia misionera desde 1800

Tras 300 años de sacrificado trabajo, las misiones católicas se encontraron en horas bajas a principios del siglo XIX. Varios factores contribuyeron a crear tal situación: la caída de los imperios coloniales portugués y español, la revolución francesa con sus repercusiones intraeclesiales, así como las reacciones nacionales en China e Indochina. Causa importante fue también la ilustración, con su enemistad hacia las órdenes y congregaciones religiosas, que en España y Portugal perduró hasta bien entrado el siglo XIX. No sólo la supresión de los jesuitas produjo la disminución del personal misionero; también otras órdenes se vieron constreñidas a enviar menos y menos misioneros. Desde que las tropas revolucionarias ocuparon Roma (1798), también la central misionera pontificia, la Congregación para la propagación de la fe, languideció. Napoleón ordenó que se trasladara a París el archivo de esa Congregación (1808) y concibió la idea de establecer la central de las misiones en París.

No obstante el difícil punto de arranque, las misiones católicas llegaron a alcanzar un esplendor insospechado en el transcurso del siglo XIX. Algunos factores externos influyeron también en ese florecimiento. Las potencias europeas se repartieron casi todo el mundo en colonias y en zonas de influencia, especialmente Inglaterra y Francia, pero también Holanda y en menor medida Alemania, Bélgica e Italia. China y Japón se vieron obligados a abrir sus fronteras; se exploró y repartió el interior de África.

Pero fueron decisivos los factores intraeclesiales: un nuevo entusiasmo misionero de la población europea, la fundación y revitalización de numerosas órdenes y congregaciones misioneras, así como la actuación de la Congregación para la propagación de la fe. Estos tres factores se reforzaron recíprocamente.

El entusiasmo misionero trajo consigo una serie de asociaciones que promovieron las misiones. Son muy conocidas la obra de Marie-Pauline Jaricot, de Lyon, que en 1822 fundó la Asociación para la propagación de la fe, para apoyar a las misiones mediante la oración y los donativos («Pequeñas aportaciones, pero de muchos; una breve oración diaria por las misiones, pero rezada por millones de personas»). La obra se introdujo en seguida en las naciones limítrofes o sugirió la fundación de obras similares

(1828, las leopoldinas en Viena; 1834, Xaveriusverein en Renania; 1838, *Ludwig-Missionsverein* en Baviera). En Francia nació en 1843 la obra de la Infancia de Jesús, que trataba de despertar el entusiasmo misionero en los niños. De fecha reciente son la obra de San Pedro Apóstol para el clero indígena (Caen 1889) y la *Unio cleri pro missionibus* (Parma 1916). Todas estas obras fueron reconocidas como pontificias y pasaron a depender de la Congregación para la propagación de la fe en 1922.

Tras la caída de las potencias que tuvieron derecho de patronato, las aportaciones del pueblo cristiano hicieron posible la actividad de la central misionera pontificia. Además, numerosas asociaciones de apoyo ayudaron a las diversas órdenes y congregaciones misioneras en su patria. Numerosos escritos trataron de captar simpatizantes con la idea de las misiones. Maria Theresia Ledóchowska con su sodalicio de San Pedro Claver (fundado en 1894) y la sociedad del Verbo Divino (Steyl, Sankt Gabriel) utilizaron de forma consecuente esta vía. Entre las instituciones recientes mencionaremos la Asociación alemana para la misión médica (1921) con el Instituto de medicina misionera en Würzburgo (1922), y la Asociación para el intercambio misionero (MIVA) fundada por Paul Schulte en 1927.

El siglo XIX trajo también una época de esplendor de los institutos y congregaciones misioneras y una más intensa actividad de las órdenes religiosas antiguas que con anterioridad habían trabajado en las misiones. Las religiosas misioneras constituyeron el nuevo rasgo de las misiones de ese siglo. La primera comunidad de religiosas de estas características fue la de las religiosas de Cluny (1817); vinieron después las hermanas blancas, las *medical sisters of Philadelphia*, y otras muchas. También congregaciones más antiguas se pasaron a la actividad misionera. Junto a las órdenes y congregaciones religiosas, institutos misioneros de sacerdotes seculares se dedicaron en medida creciente a las misiones. La institución más antigua de este tipo es el Seminario de misiones de París, que experimentó nuevo empuje en el siglo XIX. Después de 1850 se sumaron los seminarios de Lyon, Milán, Mill Hill, el Instituto de los padres blancos (1864), el seminario de misiones suizo Bethlehem-Immensee, los misioneros de Maryknoll, los misioneros de San Columbano, y algunos otros en España y en ultramar.

La Congregación para la propagación de la fe pudo reanudar sus actividades en 1817, una vez que sus archivos fueron devueltos de París a Roma (algunas partidas no volvieron a Roma hasta 1925, devueltas de Viena gracias a los esfuerzos de Ludwig von Pastor) y Pío VII fundó de nuevo la Congregación. Ésta adquirió nuevo ímpetu a partir de 1826, con su prefecto Mauro Cappellari, que promovió de todas las maneras posibles la actividad misionera una vez llegado al papado con el nombre de Gregorio XVI. En 1840 publicó la primera encíclica misionera y fomentó

las nuevas asociaciones misioneras. Contra las pretensiones de patronato de Portugal, creó nuevos vicariatos en la India y consiguió religiosos para las misiones, que pasaron a depender totalmente de la Congregación para la propagación de la fe. Decidió también que determinadas regiones de misión fueran asignadas en exclusiva a una orden o instituto misionero. De esa manera se ahogaba de raíz todo conflicto innecesario. La Congregación para la propagación de la fe adquiría así una posición destacada. No sólo dependían de ella las misiones, sino también los países de las Iglesias orientales y protestantes.

Las misiones adquirieron su carácter específico en el siglo XIX. El misionero se presentaba como representante de una civilización europea superior, promovía la creación del sistema de enseñanza, levantaba hospitales, se procuraba el suministro de medicinas y llevaba las técnicas europeas al país. La misión consiguió así, sobre todo en regiones de culturas primitivas, importantes éxitos en cuanto al número de los nuevos adeptos. Los misioneros participan de la conciencia de enviada que experimentaba Europa en el siglo XIX. Se convertían así, en alguna medida, en apoyo no siempre malintencionado del colonialismo. Frecuentemente, se consideraron también, y sobre todo, representantes de su propia nación. De ahí que la imagen colonial resulte inseparable de la Iglesia todavía en fechas muy recientes. Y el maridaje del cristianismo con el colonialismo hizo que las élites de las culturas asiáticas más elevadas se opusieran más que nunca a la aceptación del cristianismo, especialmente porque éste se presentaba bajo la protección militar de las potencias europeas. Sin duda, las escuelas, la asistencia sanitaria y Cáritas son métodos legítimos para aproximarse a los hombres, pero la ayuda caritativa reportaba beneficios al cristianismo. Tampoco se puede hablar de acomodación. Se comunicó un cristianismo europeo. Precisamente los misioneros pertenecientes a congregaciones y órdenes misioneras descuidaron la formación del clero indígena (*monachi monachos gignunt*), contra el que las potencias coloniales se prevenían tratando de impedir la formación de élites autóctonas. De la misma central eclesiástica partía la concepción nociva de que las misiones pretendían sobre todo la reconquista de los cristianos orientales (el concilio Vaticano I era todavía de esa mentalidad, los obispos de las misiones no eran considerados como de la misma categoría). En 1917, el papa Benedicto XV dividió las regiones en dos congregaciones (Propagación de la fe, Iglesias orientales). Fenómeno nuevo del siglo XIX fue también el florecimiento de las misiones protestantes, que contaban con mayores medios financieros y con un apoyo político más fuerte de los poderes coloniales.

La semilla sembrada por el papa Gregorio XVI alcanzó la madurez en tiempo de sus sucesores Pío IX y León XIII. Entonces comenzaron a dar frutos abundantes las órdenes misioneras y los seminarios de nueva

fundación, y se pudo emprender la misión de África. Se crearon numerosas nuevas circunscripciones y se promovió la conciencia misionera en los países europeos. Y fueron los numerosos donativos de la gente sencilla los que financiaron la actividad misionera después de 1870 (cuando la Congregación para la propagación de la fe perdió sus bienes en Italia). Extraordinariamente fructífero para las misiones fue el lapso de tiempo que va desde 1870 hasta 1914. La primera guerra mundial marca el punto culminante del colonialismo; el nacionalismo europeo se contagia a los pueblos de Asia y África. Esa franja de tiempo señaló un nuevo período para el trabajo misionero. El papa Benedicto XV se adentró conscientemente en esa nueva etapa. Y fijó los principios de la misión moderna en su escrito apostólico *Maximum illud* (1919): separación entre colonialismo y misión, estructuración de una Iglesia indígena con un clero nativo «capaz de hacerse cargo de la dirección de su pueblo en fechas no lejanas». Para ello reorganizó la Congregación para la propagación de la fe (separación de la Congregación para las Iglesias orientales, incorporación de la obra de San Pedro y de la *Unio cleri*). En el pontificado de Benedicto XV nacieron varios seminarios misioneros nuevos (Irlanda, Canadá, España, Suiza).

El papa Pío XI trató de llevar a la práctica los principios indicados por su predecesor. En su encíclica misionera *Rerum Ecclesiae* (1926) exigió la formación de congregaciones religiosas autóctonas y de un clero indígena, con el fin de tener las espaldas cubiertas si los misioneros llegaban a ser expulsados de los países. En 1926 consagró a los primeros obispos chinos, a los que pronto siguieron otros obispos asiáticos. La consagración de los dos primeros obispos africanos (realizada por Pío XII en 1939) había sido puesta en marcha por él. Trató de promover la conciencia misionera en los países católicos con la introducción del día mundial de las misiones (1927). El tiempo entre las dos guerras mundiales fue extraordinariamente exitoso para la actividad misionera, a pesar de las tensiones que se dieron en esos años. En las regiones de misión asiáticas creció incesantemente el número de los católicos; en el África ecuatorial se consiguió la implantación sólida; se recomenzó la misión a los indios sudamericanos; también se misionó a los negros de Estados Unidos, y los oblatos de María Inmaculada comenzaron la misión entre los esquimales. Pero también en este período (así como en los tiempos de Pío XII), la Iglesia de las misiones era una especie de prolongación de la Iglesia europea, que dejaba su impronta en la formación del clero y en la vida eclesiástica, realizó algunas acomodaciones, pero no llegó a poner en marcha el dinamismo propio de los respectivos territorios. Así, el papa permitió diversos ritos en Manchuria, en Japón y en África; en 1939 se retiraron algunas declaraciones contra los ritos malabares y chinos.

La segunda guerra mundial ocasionó graves daños a la actividad misionera en el este y sudeste asiáticos, pero fueron más importantes aún sus repercusiones para el futuro. Asia había sido descolonizada casi por completo en 1950, y la mayoría de las colonias africanas consiguieron su independencia alrededor de 1960. Se dio por entonces la expansión de las zonas de influencia del poder comunista, y una nueva autoconciencia de las culturas indígenas, que pedían una igualdad de trato. Los nuevos Estados prohibieron a veces la actuación de misioneros extranjeros; el antieuropeísmo trajo consecuencias desagradables también para las misiones, y hubo incluso persecuciones (Congo).

b) La época del colonialismo y de su superación

La misión en la India había decaído claramente a finales del siglo XVIII, y llegó a encontrarse en horas bajísimas a mediados del siglo XIX. Se calcula que el número de los cristianos iba de 200 000 a un millón; el clero de Goa no pudo mantener el nivel originario. La compañía inglesa de la India oriental puso impedimentos a las misiones católicas, hasta que, en 1857, la corona británica se encargó directamente de administrar el subcontinente y garantizó la libertad religiosa, llegando incluso a apoyar a la misión católica en sus actividades escolares y caritativas. Sin embargo, el sistema indio de castas siguió siendo el principal impedimento para las misiones. De ahí que los misioneros se dedicaran con frecuencia a las tribus animistas más primitivas y a los parias, lo que ponía a la Iglesia en una situación marginal. Portugal continuaba insistiendo en el patronato, aunque no estaba en condiciones de hacer frente a sus obligaciones. Por eso, la creación de vicariatos apostólicos llevada a cabo por el papa Gregorio XVI produjo tensiones («cisma de Goa»), que comenzaron a decrecer paulatinamente a partir de 1857 (desaparecieron definitivamente en 1950). El papa León XIII creó la jerarquía eclesiástica en 1887.

A pesar de todo, la actividad misionera sufrió un estancamiento y se limitaba a atender a los fieles, así como a las actividades escolares y caritativas. Hasta que en 1876 se produjeron algunos nuevos intentos (el jesuita Konstantin Lievens entre los aborígenes Kols y el carmelita suizo Aloys Maria Benzinger en el sur de la India). Durante el período de tiempo que transcurrió entre las dos guerras mundiales se dieron pasos importantes para iniciar la independización de la Iglesia india, con la mirada puesta en el momento en que la India fuera independiente. Se promovió conscientemente la formación del clero indígena y también las congregaciones de religiosas indias tuvieron un buen comportamiento. En 1939 se eliminó definitivamente el juramento ritual contra los ritos malabares. La Iglesia se fortaleció mediante la unión con un obispo de Malankara (= Iglesia ortodoxa siria malabar) en 1930 (en 1977 se unió

también el arzobispo ortodoxo sirio). Valerian Gracias fue (1945) el primer obispo auxiliar indio de Bombay, obispado perteneciente al patronato. Valerian Gracias fue posteriormente arzobispo, y en 1952 se convirtió en el primer cardenal indio. La Iglesia india supo, pues, capear bastante bien las dificultades que se le presentaron desde la independencia de la India (1948). Se impide la entrada de misioneros extranjeros, y la Iglesia conserva aún una imagen europea, que se trata de eliminar. Señalaremos, además, que el crecimiento del número de los cristianos sólo en una pequeña parte es consecuencia de la actividad misionera, habiendo influido sobre todo el crecimiento natural. De los 125 obispos, son indios todos excepto nueve. La evolución numérica ha sido la siguiente: 1931: 3,68 millones; 1949: 4,7 millones; 1982: 11,5 millones de los tres ritos.

Pakistán se constituyó como Estado islámico en 1948. En 1950 se implantó la jerarquía católica. La Iglesia cuenta sólo con 380000 fieles; en 1972 se le retiró todo el sistema de enseñanza. En el Pakistán oriental (el Estado de Bangladesh, creado en 1971) hay sólo 160000 católicos, pero con un sistema escolar activo. Los cristianos padecen fuertes presiones desde 1982.

El clero de Goa salvó el cristianismo en Ceilán mientras duró la ocupación holandesa. Los ingleses anunciaron la libertad religiosa en 1806. Con posterioridad a esa fecha creció constantemente el número de misioneros que llegaron al país y se lograron grandes éxitos entre los tamiles, hasta el punto de que en 1886 se creó la jerarquía ordinaria. Desde la independencia de Ceilán (Sri Lanka, 1948) se ha iniciado un renacimiento del budismo, que en la década de los años sesenta llevó a una actitud más intransigente con los cristianos. Posteriormente se ha consolidado la situación. Sri Lanka, con aproximadamente 13 millones de habitantes, tiene hoy unos 965000 católicos.

El seminario misionero de París reinició su actividad en Birmania en 1856, pero sólo tuvo éxito con los indios y chinos emigrados, y entre los carenos de Birmania oriental. La segunda guerra mundial destruyó la mayoría de las instalaciones misioneras. Desde el momento en que Birmania alcanzó su independencia, se cerró más y más sobre sí misma, expulsó a los misioneros extranjeros y secularizó el sistema de enseñanza y el sanitario. Los obispos nativos tomaron la dirección en 1954. De los 34 millones de habitantes que tenía el país en 1982, 375 000 eran católicos.

En Tailandia, que jamás fue colonia, la Iglesia no había podido implantarse verdaderamente, a pesar de que desde 1856 existía libertad religiosa. Por eso hasta 1965 no se había creado la jerarquía eclesiástica. De sus 50 millones de habitantes, sólo 200000 son católicos.

Indochina estuvo bajo la influencia francesa desde el siglo XVIII. Los misioneros de la Propagación de la fe crearon importantes comunidades cristianas en Tonkín y Cochín. A mediados del siglo XIX

hubo persecuciones que costaron la vida a 50000 cristianos, a 50 sacerdotes y a 3 obispos. A petición de los misioneros se produjeron intervenciones militares francesas a partir de 1858. Esas intervenciones provocaron persecuciones más violentas, hasta que el país fue ocupado definitivamente en 1887. La actividad misionera progresó mucho entonces (en 1914 contaba con 1 millón de católicos). Pero el régimen colonial impidió la actividad misionera a partir de 1905. La primera guerra mundial (expulsión de los misioneros) también fue nociva. En 1933 era consagrado el primer obispo indígena; el concilio plenario de Hanoi (1934) tomó importantes decisiones sobre la independización. A partir de 1940 se produjo la crisis por la ocupación de los japoneses, que internaron a todos los misioneros. Después de la guerra, los *vietminh* comunistas combatieron a los franceses. La primera guerra de Indochina (1946-1954) terminó con la partición de Vietnam. 650000 católicos emigraron entonces al Sur, donde la vida religiosa alcanzó entonces gran auge (1959, Universidad católica de Dalat; 1960, jerarquía eclesiástica). La segunda guerra de Indochina (1957-1975) puso también el Sur bajo el Gobierno comunista de Hanoi, y fueron expulsados los misioneros (del Norte habían sido expulsados ya en 1960). Desde entonces, la situación de la Iglesia es tensa, pues estuvo ligada estrechamente al viejo régimen. Con sus dos a dos y medio millones de católicos, la Iglesia de ese país es una de las mayores de Asia. En Laos había sólo 15000 católicos cuando ese país se hizo comunista en 1975. La reducida comunidad que había en Camboya se ha extinguido prácticamente en estos últimos años.

En cuanto a Malasia, la actividad misionera tuvo sin duda una rancia tradición en Malaca, pero jamás llegó a afianzarse entre la población islámica. En 1948 se creó el Estado de Malasia con Borneo del Norte, del que salió Singapur en 1965. Malasia-Singapur tenía en 1978 aproximadamente medio millón de católicos.

Tras la invasión holandesa, que destruyó la floreciente misión de las Molucas, Indonesia estuvo cerrada a cal y canto para los católicos durante mucho tiempo. Hasta 1859 no fue posible reiniciar la actividad misionera. Para entonces, los protestantes habían tomado una ventaja inalcanzable. Las autoridades coloniales hicieron una división de los territorios de misión que resultaba desventajosa para los católicos. A pesar de todo, éstos consiguieron algunos éxitos en el norte de Sumatra, en Java central y en las pequeñas islas de la Sonda (Flores, Timor) a las que no llega la influencia islámica. Durante la ocupación japonesa en la segunda guerra mundial fueron asesinados 120 misioneros. Con todo, la actividad misionera pudo proseguir tras la independización, a pesar de las complicaciones creadas por la presencia de numerosos misioneros holandeses. La Iglesia trabaja mucho, sobre todo, en la enseñanza. Sus prestaciones son muy superiores a lo que sería de esperar si se tiene en cuenta el tanto por ciento de población

que representan los católicos. A partir de 1978, y como consecuencia de la restauración islámica, nació una legislación que recortaba la misión. La jerarquía se creó en 1961; en 1971 contaba Indonesia con unos 118 millones de habitantes; de ellos, 8,7 millones eran cristianos; y de éstos, 2,7 millones eran católicos.

En China, país por el que la acción misionera católica ha sentido durante siglos especial predilección, la Iglesia tuvo que padecer graves persecuciones durante las primeras décadas del siglo XIX. Hacia 1815, los 210000 católicos eran atendidos por 160 sacerdotes; la mitad de ellos eran chinos y se habían formado, parcialmente, en el seminario de Penang (Malaca). Portugal renunció a su patronato en 1857, con la excepción de Macao y el sur de China. El protectorado francés ocupó el lugar que Portugal abandonaba. En los acuerdos firmados en 1844, 1858 y 1860, Francia forzó la apertura del país a las misiones (y naturalmente también al comercio) bajo su protección. Estos «tratados desiguales», que reportaban ventajas financieras y sociales a los cristianos, así como la arrogancia de las potencias occidentales, promovieron el odio a los extranjeros y éste descargó contra los misioneros (matanza de Tientsín, 1870; levantamiento de los bóxer, 1900). El número de personas dedicadas a actividades misioneras era enorme y consiguió éxitos notables, especialmente entre 1900 y 1923. Se producían anualmente alrededor de 100000 conversiones (en 1912, los católicos alcanzaron la cifra de 1,4 millones; en 1930, la de 2,5 millones). Prácticamente todas las órdenes y congregaciones misioneras participaron en esta misión, cuyo principal centro de gravedad se encontraba en el norte de China. Se puso gran empeño en la formación del clero indígena. Los primeros obispos chinos fueron consagrados en 1926; en 1939 se permitieron otra vez, aunque parcialmente, los ritos chinos. Gran impulso supuso el sínodo nacional de Shanghai (1929), que subrayó también la importancia de los laicos. Pero el impedimento principal, «mayor que la muralla china», lo constituyó siempre el carácter europeo y latino de la Iglesia, el cual impidió el desarrollo de la línea indígena de esta vieja cultura.

Los reveses comenzaron a aparecer desde 1923, por motivos políticos. Numerosos cristianos fueron víctima de la guerra civil comunista que comenzaba por entonces; también sufrieron las consecuencias de esta guerra los misioneros y las instituciones eclesiales (sólo en 1927 fueron destruidas 100 iglesias y capillas, 92 centros de misión y 31 escuelas); el número de conversiones descendió a 50000 por año. Con todo, el número de los católicos era de 3,13 millones en 1941. La guerra con Japón (desde 1937) y la consiguiente evacuación de los extranjeros produjo graves daños. El papa Pío XII quiso consolidar definitivamente la Iglesia después de la guerra. Thomas Tien fue el primer cardenal chino de la historia (1946); Pío XII lo nombró arzobispo de Pekín, estructuró la organización

de la Iglesia con 20 provincias eclesiásticas, y nombró un internuncio. La Iglesia contaba en 1948 con más de 3,3 millones de fieles, atendidos por 3015 sacerdotes extranjeros y por 2576 chinos. Era también importante el sistema hospitalario y el de la enseñanza (Universidad católica de Pekín, del Verbo Divino [SVD]). A partir de 1947 se intensificó la guerra civil, que terminó en 1950 con el triunfo de los comunistas de Mao Tse-tung. Comenzaron entonces las expulsiones, las persecuciones y los simulacros de procesos. El Gobierno tendió desde 1957 hacia una Iglesia nacional, y mandó consagrar 45 obispos no confirmados por el papa. La revolución cultural fue otro momento grave. Los intentos más recientes para entrar en contacto (a partir de 1980) confirman la impresión de que la mayor parte de los cristianos chinos vive ahora en el cisma. El número de cristianos sigue aumentando.

La joven y reducida comunidad cristiana de Corea sufrió persecuciones constantes hasta 1869. Finalmente, se pudo comenzar en 1881 una actividad misionera regulada; el número de los católicos llegó a 79000 en 1912. Pero hasta 1942 los japoneses impidieron la implantación de un episcopado nativo. También tuvo grandes repercusiones para la Iglesia la guerra de Corea (1950-1953). No obstante, desde entonces ha podido desarrollarse bien en Corea del Sur, donde de los 40 millones de habitantes, 1,6 millones son católicos. Ahora bien, en los últimos años la Iglesia sufre bajo la actual dictadura. Sabemos muy poco de la situación reinante en Corea del Norte.

Japón estuvo cerrado al extranjero más de 250 años, hasta que los americanos hicieron saltar por la fuerza el cerrojo en 1854. Bernard-Thadée Petitjean descubrió en 1865, en las proximidades de Nagasaki, entre 30000 y 50000 viejos cristianos, de los que la mayor parte se unió a la Iglesia (maravilloso testimonio de fidelidad a la fe y del trabajo misionero realizado 260 años antes); todavía en 1954 se comprobó la existencia de otros 30000 viejos cristianos en Kyushu. En 1889 se garantizó la libertad religiosa, y en 1891 se creó la jerarquía eclesiástica. La actividad misionera se desarrolló bien hasta 1900, pero comenzó entonces el rápido desarrollo de Japón, que rechazó el evangelio impulsado por vientos nacionalistas. El número de conversiones volvió a crecer tras la derrota de 1945, pero el cristianismo continúa siendo un fenómeno marginal entre la población japonesa. De los 113 millones de habitantes con que contaba Japón en 1977, sólo 392000 eran católicos.

La actividad misionera descuidó casi por completo a Australia y Oceanía hasta mediados del siglo XIX. En esas fechas, sopló la ventolera romántica, pero la gran dispersión de la población y las enfermedades tropicales constituyeron dificultades notables. En la Polinesia trabajaron los religiosos de los Sagrados Corazones (o «piepusianos»). Uno de ellos, Damian Deveuster, vivió desde 1873 con los leprosos de Molokai, donde

murió de lepra en 1889. En 1836 se creó un vicariato para Micronesia y Melanesia. Antes de 1900, todas las islas habían pasado a ser colonias, y la actividad misionera corrió paralela a la situación política. En 1914 había 190000 católicos; en 1947, eran 280000, entre dos millones de habitantes. En Australia y Nueva Zelanda, la misión se redujo a la asistencia de los emigrantes.

En los tiempos modernos, África ha sido el continente más atendido por las actividades misioneras, pero sólo en las costas. La situación política y religiosa existente en la madre patria Portugal había hecho que la actividad misionera se encontrara cercana a la desaparición a principios del siglo XIX. Como en ningún otro continente, los territorios alejados de las costas no fueron conocidos ni explorados. Hasta que, a finales de siglo, el África negra fue repartida como zona colonial. Este reparto, llevado a cabo en el plazo de 15 años, abrió las puertas de la misión en los territorios antes desconocidos e inexplorados.

Ocupa una posición importante el cinturón islámico situado al norte del Sahara, donde Francia creó un imperio colonial a partir del 1830 con la conquista de Argelia. El arzobispo de Argel, cardenal Charles-Martial-Allemand Lavigerie, fundó en 1864 la congregación sacerdotal de los padres blancos con la intención de que se dedicara a misionar entre los musulmanes (en 1869 fueron fundadas las hermanas blancas). El éxito de estas misiones no fue grande si se tiene en cuenta exclusivamente el número de conversiones (800 hasta 1906), pero fueron notables la acomodación y el método (cuatro años de catecumenado), que dieron estupendos resultados en otras regiones. Charles de Foucauld vivió como ermitaño entre los tuareg hasta morir asesinado en 1916. Aunque no tuvo éxito como misionero, fue pionero del futuro.

El África negra vivió durante una época inicial sólo intentos no coronados por el éxito: las hermanas de Cluny (1819) en Senegal y en Sierra Leona (1823), los padres del Espíritu Santo en Dakar (1843) y en Nigeria (1843), los jesuitas en Madagascar (a partir de 1845 y expulsados en 1883); los misioneros fueron a menudo víctimas de clima mortífero. El primer impulso coronado por el éxito vino de la mano del maltés Daniel Comboni, que en 1854 trabajó en el sur de Sudán, fundó posteriormente la congregación misionera de los combonianos en Verona y a partir de 1872 se dedicó a las tribus negras del Nilo superior. Les echaron una mano en la limítrofe Uganda los padres blancos, en 1878. Tras una persecución sufrida en 1885 (san Carlos Lwanga y compañeros) se produjeron conversiones masivas; en Uganda surgió la primera Iglesia popular de África, que contó en seguida con clero nativo. Se misionó en la mayoría de los países hasta el 1900; y la actividad misionera corrió suerte dispar, según el poder colonial del respectivo territorio y la influencia del islamismo. Naturalmente, la superioridad civilizadora de los europeos ejerció un fuerte atractivo, ya que

mediante la recepción del bautismo se podían conseguir escalones sociales más elevados. Pero no se debe considerar esto como crítica negativa de los misioneros. A éstos se les puede reprochar, a lo sumo, el hecho de haberse entendido, a nivel individual, como representantes de sus respectivas naciones, convirtiéndose así inconscientemente en colaboradores indirectos del poder colonial.

En seguida se formaron zonas: en el norte predominó el islamismo, que continúa presionado hasta nuestros días desde la costa este hacia el sur. A ambos lados del ecuador predominó la misión católica, mientras que los protestantes tienen la primacía en el sur (reformados, anglicanos). Se dio una actividad misionera exitosa entre los ashanti de Costa de Marfil y de Costa de Oro, y entre los pueblos del Bajo Volta (Ghana), de Togo y Dhomey (Benín); también tuvo notable éxito la actividad misionera en el este de Nigeria, entre los ibos, y en Camerún, mientras que en Gabón y en el Congo Francés la Iglesia tardó mucho más tiempo en implantarse. El Estado del Congo se fundó en 1885 (1908, Congo belga), y el rey Leopoldo II utilizó primeramente los misioneros de Scheutveld (congregación del Inmaculado Corazón de María), que consiguieron atraer pronto a otras fuerzas misioneras. Se erigieron aldeas-capillas con una función similar a la desempeñada por las abadías medievales en la misión de Europa. La misión del Congo experimentó el crecimiento más poderoso; hacia 1930 registraba unos 50000 bautizos anuales. Cuando el Congo alcanzó su independencia en 1960, más del 40 % de su población era cristiana. En las vecinas Ruanda y Burundi, la misión creció aún más rápidamente a partir de 1900; aquí se puso especial empeño en la formación del clero indígena. Estos países son en la actualidad mayoritariamente católicos. La actividad misionera cosechó éxitos también en África oriental alemana (Tanganica). Trabajaron allí los padres blancos, los capuchinos suizos y los benedictinos de St. Ottilien. La primera guerra mundial supuso un fuerte revés para la actividad misionera. En cuanto a Kenia, hubo éxitos en el Lago Victoria. Mejor suerte corrió la obra de las conversiones en Nyassaland (actual Malawi).

El sur del continente había sido tomado ya por los protestantes. Importantes para la Iglesia católica fueron las misiones de Basutoland (Lesotho), en las que desde 1862 trabajaron los oblatos de María Inmaculada en Natal, donde los trapenses de Mariannahill se convirtieron en una congregación misionera a partir de 1882 (abad Franz Pfanner, 1825-1909), y las de los benedictinos de St. Ottilien entre los zulúes.

La actividad misionera fue descuidada durante largo tiempo en las regiones coloniales de Portugal. Así, en 1865, había en todo Angola sólo seis sacerdotes, a los que en seguida se sumaron otros misioneros que pusieron de nuevo en marcha la obra de las conversiones. Mozambique contaba en 1914 sólo con 5000 católicos africanos. La actividad misionera

sufrió un serio revés en ambos países en 1911, por motivos políticos, y se reanudó después de 1926; en esta ocasión, con resultados óptimos, especialmente en Angola. Pero estaba muy comprometida con el sistema político; por eso, los padres blancos abandonaron la misión del África oriental en 1971. Ambos países tuvieron en 1975 Gobiernos enemigos de la Iglesia. En Madagascar, se pudo realizar un buen trabajo misionero sólo entre 1896 y 1906. La actividad misionera recobró todo su vigor tras la primera guerra mundial. A partir de entonces experimentó un crecimiento incesante. La isla Reunión y las Seychelles fueron ganadas al catolicismo casi en su totalidad.

La segunda guerra mundial puso en marcha la descolonización de África. Los europeos fueron expulsados de la mayoría de los Estados islámicos, de forma que la Iglesia difícilmente pudo estar presente en ellos. La mayoría de los países del África negra consiguieron su independencia hacia el año 1960; les siguieron con notable retraso los territorios portugueses (1974-1975). Como se había descuidado en bastantes casos la formación de una élite indígena, al principio del proceso de descolonización se produjeron numerosas guerras civiles y levantamientos (Congo, Nigeria), y dictaduras más o menos violentas. Entre tanto, aumentaba la influencia de los países comunistas. Como cabía esperar tal curso de los acontecimientos, se implantó la jerarquía eclesiástica indígena en Uganda, Kenia y Tanganica en 1953, y dos años más tarde (1955) en toda el África francesa; bastante más tarde (1959), en el Congo belga, que tuvo en ese mismo año su primer obispo auxiliar nativo. A veces, se nombraron precipitadamente obispos para adelantarse a las intenciones de los nuevos gobernantes, que no toleraban a ningún blanco en puestos importantes. El Vaticano pudo establecer relaciones diplomáticas con casi todos los nuevos Estados durante los años sesenta; y la situación se fue consolidando paulatinamente. Diferentes fueron las reacciones de los diversos países respecto de los misioneros europeos. En algunos casos fueron expulsados del país (sur del Sudán) o tuvieron que padecer mucho a causa de las revueltas (Congo) o autoridades violentas (Guinea Ecuatorial, 1969-1979; Uganda hasta 1979), o recientemente bajo regímenes comunistas que casi siempre expropiaron instalaciones de la Iglesia como templos, escuelas, hospitales (Mozambique). A pesar de todo, la Iglesia se consolida, aunque todavía las aguas andan revueltas. Todo indica que se están formando auténticas Iglesias africanas; además, hay que señalar en bastantes casos el fenómeno del aumento de las vocaciones indígenas al sacerdocio. Se asiste en estos momentos a una deseuropeización, con lo que se borra también la mancha de la Iglesia colonial.

Por lo que se refiere al poco poblado Canadá, la actividad misionera en el norte y en el oeste comenzó en el siglo XIX. A la misión de los esquimales se dedicaron desde 1860 los oblatos de María Inmaculada, que

desde 1930 utilizan el avión en su amplísimo territorio. Similar es la actividad misionera en el noroeste de Canadá y en Alaska. Desde un punto de vista numérico, esta misión carece por completo de importancia, pero es muy valiosa como testimonio de la predicación del evangelio a todos los pueblos. En Estados Unidos, los indios fueron recluidos en reservas durante el siglo XIX. Por una mala treta del Gobierno del presidente Ulysses Simpson Grant (1869-1877) se quitaron a la Iglesia católica 30 de las 38 regiones con 80000 indios católicos y fueron encomendadas a misioneros protestantes.

En América latina el trabajo misionero entre los indios se desmoronó por completo con el movimiento de independencia vivido en las primeras décadas del siglo XIX. Se prosiguió la misión a partir de 1860, pero estuvo bajo el signo de la pacificación y de la integración, por imperativos del Estado. Efectivamente, los pueblos indios, que llevaban una vida salvaje, fueron a menudo aniquilados, como sucede actualmente en la zona brasileña del Amazonas. Pero la misión funciona en la ladera oriental de los Andes, así en Venezuela, Perú y en las llanuras de Bolivia, donde se reimplantaron las reducciones. Sin embargo, la mayoría de las órdenes y congregaciones misioneras que trabajan en América latina se dedican a la pastoral en este subcontinente tan pobre en vocaciones sacerdotales. El florecimiento de los cultos negros e indios muestra hasta qué punto fue superficial la misión primitiva.

El concilio Vaticano II trajo consigo importantes cambios para la acción misionera. En principio, tuvo efectos negativos la crisis de la Iglesia en Europa y en Norteamérica, pues decrecieron las vocaciones misioneras. También la reducción de la idea de la misión a una simple ayuda para el desarrollo del tercer mundo ha tenido efectos paralizantes, pero ha llevado a muchos seglares a tierras de misión para contribuir con sus conocimientos y posibilidades personales.

Por otra parte, las Iglesias misioneras en los países descolonizados entran en el estadio de «jóvenes Iglesias» plenamente conscientes de sí mismas. Al mismo tiempo se ha paralizado la actividad misionera en Asia, mientras que ha crecido fuertemente en África tras la crisis de la descolonización, hasta formar una cantidad suficiente de clero indígena. De esa manera, el centro de gravedad de la Iglesia católica se desplaza, desde el punto de vista numérico, al hemisferio sur.